Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/signaciodeloyola0000pore

S. IGNACIO DE LOYOLA

EN EL ARTE DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

POR EL P. TACCHI VENTURI S. J.

Property of
CLgA
Please return to
Graduate Theological
Union Library

CASA EDITORIAL ALBERTO STOCK
ROMA AÑO 1929

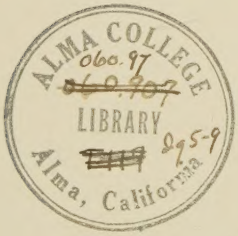
060.97
Dg 5-9

SAN IGNACIO DE LOYOLA

EN EL ARTE DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

POR

EL R. P. TACCHI VENTURI, S. J.



3148

INDICE DE MATERIAS

INTRODUCCIÓN. – Los senderos de la gracia en la vida del Fundador de la Compañía de Jesús .	Pag.	7		
I. A. SÁNCHEZ COELLO. – Retrato de S. Ignacio de Loyola.	»	17	Grab.	I
II. J. DEL CONTE. – Retrato de S. Ignacio de Loyola	»	18	»	II
III. DESCONOCIDO. – Retrato de S. Ignacio. .	»	18	»	III
IV. L. Y A. CARRACCI (?). – S. Ignacio con ornamentos sacerdotales	»	19	»	IV
V. P. LE GROS. – S. Ignacio en oración .	»	19	»	V
VI. J. RUSCONI. – S. Ignacio Fundador de la Compañía de Jesús	»	20	»	VI
VII. T. GALLE. – Escena de la conversión de Ignacio en el Castillo de Loyola . .	»	21	»	VII
VIII. C. GALLE. – S. Ignacio penitente en Montserrat	»	22	»	VIII
IX. A. COLLAERT. – Vida ascética en Manresa	»	22	»	IX
X. C. VAN MALLERY. – S. Ignacio en Manresa favorecido con illustraciones celestiales.	»	23	»	X
XI. C. GALLE. – Episodios del viaje a Tierra Santa.	»	24	»	XI
XII. T. GALLE. – El Santo en Jerusalén y su vuelta a Venecia.	»	24	»	XII
XIII. A. COLLAERT. – Episodios de la permanencia en Barcelona.	»	25	»	XIII
XIV. C. VAN MALLERY. – El voto de Montmartre y el apostolado en París	»	26	»	XIV
XV. A. COLLAERT. – S. Ignacio en Azpeitia	»	26	»	XV
XVI. C. GALLE. – La visión en la Storta. .	»	27	»	XVI

XVII. C. van Mallery. – Fundación y propagación de la Compañía de Jesús . . Pag. 28 Grab. XVII
XVIII. C. van Mallery. – Muerte de S. Ignacio. . . . . » 28 » XVIII
XIX. A. Collaert. – Funerales de S. Ignacio en Santa María de la Estrada . . . » 29 » XIX
XX. J. B. Gaulli. – S. Ignacio arrebatado en éxtasis mientras está celebrando. . . » 30 » XX
XXI. J. B. Gaulli. – S. Ignacio en la gloria del Paraíso . . . . . » 30 » XXI
XXII. A. Algardi. – S. Ignacio entre los Santos y Beatos de su Orden . . . . . » 31 » XXII
XXIII. R. Frémin. – S. Ignacio extingue milagrosamente un incendio . . . . . » 32 » XXIII
XXIV. A. Rossi. – S. Ignacio libra un energúmeno. . . . . » 32 » XXIV
XXV. P. Reiff. – S. Ignacio sana milagrosamente a una religiosa . . . . . » 33 » XXV
XXVI. F. Nuvolone. – Amistad de S. Ignacio y S. Felipe. . . . . » 33 » XXVI
XXVII. R. Frémin. – Enfermos curados con el aceite de la lámpara de S. Ignacio . » 34 » XXVII
XXVIII. P. Esteban Monnot. – S. Ignacio libra algunos prisioneros . . . . . » 35 » XXVIII
XXIX. P. P. Rubens. – S. Ignacio implorando la salud para los enfermos . . . . . » 35 » XXIX
XXX. A. Pozzo S. J. – S. Ignacio bendiciendo a Javier que parte para las Indias. . » 36 » XXX
XXXI. A. Pozzo S. J. – Primer recibimiento de S. Ignacio al santo Duque de Gandía . . . . . » 37 » XXXI
XXXII. A. Pozzo S. J. – Poder taumaturgo de S. Ignacio . . . . . » 37 » XXXII
XXXIII. A. Pozzo S. J. – Apostolado de S. Ignacio en el mundo . . . . . » 38 » XXXIII

SAN IGNACIO DE LOYOLA

EN EL ARTE DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

IMPRIMI POTEST.

Romae, 22 Ianuarii 1929.

PETRUS BOETTO S. I.
Praep. Prov. Rom.

IMPRIMATUR.

† JOSEPH PALICA *Arch. Philipp.*
Vicesgerens.

LOS SENDEROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DEL FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Los encomios que se hicieron de San Ignacio de Loyola en el consistorio solemne del 16 de febrero de 1622, fueron verdaderamente admirables. Pero el mejor por su verdad y profundidad de pensamiento, fué el del Cardenal Domingo Ginnasi. Dijo así: « El bienaventurado Ignacio tuvo luz grandísima del cielo. Dejando a un lado las cosas que se cuentan de su vida santa y confirmada con milagros, obra fué de grande ilustración divina la fundación de la Compañía de Jesús que ha dado Doctores tan eximios, tantos mártires y confesores que predican la fe de Jesucristo, luz verdadera que ilumina el universo mundo » [1].

Estas palabras proferidas después de maduro y concienzudo examen por tan docto y munífico purpurado [2] *para manifestar en aquella augusta asamblea con cuánta razón juzgaba digno del honor de los altares a San Ignacio de Loyola, nos descubren la característica íntima y preclara que distingue exactamente al Fundador de la Compañía de Jesús.*

Tómese su vida, no ciertamente aquella que comienza en 1491, o poco después, cuando vino al mundo en la casa solariega de la monta-

---

(1) Cf. *Acta SS.*, jul. to. VII, *Commen. praev.*, n. 1099 donde se encuentran los votos dados a Gregorio XV por 28 Cardenales que intervinieron en el Consistorio para la canonización de S. Ignacio de Loyola y de S. Francisco Javier.

(2) Domingo Ginnasi, hijo de un gran médico de Castel Bolognese, por su eximia doctrina y piedad, a la que añadió gran espíritu de beneficencia para con los pobres, fué adornado con la púrpura cardenalicia por Clemente VIII en 1604.

ñosa Guipúzcoa; sino la otra cuyo principio se fija con exactitud el 20 de mayo de 1521 cuando el valiente caudillo del Duque de Nájera combatiendo impertérrito sobre los muros destrozados de la fortaleza de Pamplona, quebrada la pierna derecha y gravemente herida la izquierda, inicia su segunda vida, separada en tres períodos.

El primero se desarrolla precisamente desde aquella providencial desgracia sufrida combatiendo por la patria hasta su salida de la casa natal a mediados de febrero de 1522. El segundo sin comparación más largo, se extiende a partir de la Vela de las armas a los pies de la milagrosa Virgen de Montserrat en la noche del 24 de marzo de 1522 hasta su entrada en la ciudad eterna al comenzar el invierno de 1537. El tercero finalmente abarca la estancia del siervo de Dios en la Ciudad Santa desde noviembre de 1537 al 31 de julio de 1556, cuando en el humilde aposentillo que se conserva en el Gesú, Roma, madre fecunda de Santos, dejó volar al cielo su alma grande, y mientras no se le erigiera un sepulcro más honroso, encerró los despojos de su gran hijo adoptivo en la humilde Iglesita de Santa María de la Estrada. Ahora bien, quien lo considere con atención, verá y admirará en cada uno de estos períodos la acción maravillosa de la luz de Dios.

¿Cuál era en efecto la condición interior de su alma, cuáles los resplandores de su espíritu cuando convaleciente de su caída sobre los bastiones de Pamplona, se resignó a leer, a falta de otros libros de su gusto, las páginas de la Vida de Cristo *de Rodolfo de Sajonia y de Fray Jacobo de Voragine? Era, para emplear sus palabras* [1], *el estado de un alma sin luz espiritual, como debía acontecer a un joven caballero, esclavo,*

---

[1] El Santo al describir las variaciones de su espíritu durante el viaje de vuelta de Montserrat, dice, hablando en tercera persona, que lo hace « para que se entienda cómo Nuestro Señor se abía con esta ánima, que aún estava ciega, aunque con grandes deseos de servirle, etc. ». GONZÀLEZ, en *Mon. Ignat.*, ser. IV, I, 44 sg.

como de sí mismo dice, de la vanidad del mundo, acostumbrado a recrearse tan sólo en el ejercicio de las armas, sin otro anhelo que la cumbre de los honores. Y mientras el hidalgo trocado en su espíritu sana lentamente de la herida mal curada, entrevé a través de las páginas de la Leyenda de Oro *y de la* Vida de Cristo *del piadoso cartujo, un cuadro en el que nunca ántes había reparado. Aquel cuadro es un espejo, que lanza hasta los íntimos secretos del alma, un rayo de luz vivísima que le revela la escondida belleza de la imitación de Cristo y de los Santos, y le arranca del corazón la primera chispa que pronto va a convertirse en llama de inextinguible celo. « ¿Qué sería, si yo hiciese esto que hizo san Francisco, y esto que hizo santo Domingo? Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hazer: san Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hazer »* [1].

En medio de este torbellino que agita su espíritu, el rayo de luz se convierte en claridad esplendorosa que le muestra el desviado camino seguido hasta allí, y brotan entonces de sus ojos las lágrimas del arrepentimiento cristiano, madura el propósito de su viaje expiatorio a los Santos Lugares y determina el abandono del castillo natal, el trueque de las lujosas vestiduras de caballero por el áspero sayal de peregrino, y luego la solemne consagración como soldado de Cristo a los pies de la Virgen de Montserrat.

Así se entrega Ignacio a Dios, ya que fiel a la gracia no cierra los ojos a la luz en la cual descubre y entrevé una meta aun incierta, pero en todo opuesta a aquella que guiaba sus pasos con el hechizo fascinador de los sentidos y de los placeres del mundo.

Pero no quedaba disipada toda oscuridad cuando en la inolvidable mañana del 25 de marzo de 1522 el nuevo caballero de la Virgen enca-

---

[1] Lug. cit., p. 41.

minaba su mal seguro paso desde el santuario de Montserrat a la solitaria Manresa. Una vez cumplida la peregrinación a Jerusalén, a donde pretende encaminarse en aquella misma primavera que ya comienza, ¿permanecerá para siempre en la tierra feliz regada con la sangre divina del amantísimo Redentor para expiar con la penitencia y con una vida oculta los deslices de la juventud y consagrarse a la ayuda del prójimo, o correrá tal vez a encerrarse en la tranquila soledad de una austera cartuja? La respuesta a esta grave pregunta de la cual dependen los destinos de su segunda vida, la descubrirá a su alma aquella luz interior que lentamente y por grados esclarecerá su camino.

Vedle ahi, en la retirada villa catalana, en Manresa. Su idea era detenerse solo pocos dias; en cambio por un conjunto de circunstancias casuales en apariencia, en realidad anillo de misteriosa cadena que comienza en la intervención de un amoroso designio de la Providencia, se ve obligado a permanecer allí casi un año. Manresa se convierte para él en el noviciado de la vida interior, en la primera palestra de su celo apostólico, en la cátedra de seguro magisterio de la más sólida ascética, gracias al aureo libro de los Ejercicios, compuesto allí en gran parte. Ahora bien, todo este fecundo trabajo sostenido en los diez meses llenos del retiro de Manresa fué precisamente fruto sazonado a la luz de que estaba entonces iluminada su mente, hasta sentirla elevada a la contemplación de los más profundos misterios de la fe y a la penetración de muchas verdades espirituales aun de orden práctico, que un dia le fueron de poderosa ayuda para establecer la gran obra a que Dios le había destinado.

Es cierto que entre tanta viveza de luz no aparecía del todo límpido y claro al Santo el término a que el espíritu de Dios enderezaba aquel su singularísimo noviciado. La ida a Jerusalén y la imposibilidad de quedarse allí, los primeros estudios de latín a los treinta y tres años,

entre bulliciosos muchachos en Barcelona, los de filosofía y teología en España y en Francia, el ansia insaciable de juntar compañeros que concebida ya en Manresa no reposa jamás ni en su patria ni en la universidad de París, todo el no breve espacio de los tres primeros lustros que siguieron a su conversión aparece, como en realidad lo fué, una serie no interrumpida de tentativas y de experiencias durante las cuales, aun sin tener todavía un seguro conocimiento de la última meta, se sentía encaminado y como impelido por la mano amorosa de Dios a convertirse en el propagador infatigable de su mayor gloria. Pero llegó el momento en que, a semejanza del sol que desde los inciertos albores de la mañana ha llegado a la claridad del pleno mediodía, la luz interior revela clarísimamente al ardoroso aventurero de Cristo, si podemos llamarlo así, cuál ha de ser la forma concreta en la que debe ejercitarse el represado deseo que le devora de glorificar a su Creador y Redentor Jesucristo.

En las palabras que el Vicario de Cristo dirige cariñosamente en Roma a la pequeña compañía de clérigos parisienses *congregados en torno a Loyola: «¿Por qué deseáis tanto ir a Jerusalén? Si ansiáis hacer fruto en la Iglesia de Dios, buena y verdadera Jerusalén es Italia»* [1], *reconoce Ignacio la expresión de la divina voluntad. La paterna indicación de Paulo III es para él faro esclarecedor de oscuro camino; jamás pone en duda que la Providencia por seudas tan admirables haya querido aquella su tan larga y variada, diríase extraña, alternativa de acontecimientos, para mejor prepararlo y disponerlo a ser padre, camino y guía de una milicia que intitulada con el nombre dulcísimo de Jesús, se lance al campo intrépida para pelear sus santas batallas.*

Sabiendo, pues, muy bien el siervo de Dios que las grandes obras, que han menester del concurso de muchos, no maduran ni fructifican por

---

[1] BOBADILLA, *Monumenta*, p. 60, n. 11.

imperiosas imposiciones, sino por medio de la amable suavidad de los modos que ganan el corazón y lo aficionan, no quería determinar cosa alguna ántes de saber que estarían concordes en un mismo sentir los generosos compañeros reunidos en París y trocados a semejanza suya en intrépidos paladines de Cristo.

Por tanto, habiendo examinado con ellos en primer lugar los cinco capítulos de la carta magna por él redactada, de la Orden, los somete a la aprobación del Romano Pontífice, quien los acoje con aquellas tan célebres palabras: « aquí está el dedo de Dios », los alaba, los bendice y los aprueba como llenos enteramente de celestial sabiduría [1].

Este solemne acto del Pontífice determina un cambio capital en la peregrinación terrestre de Ignacio que inicia ahora el más fecundo y glorioso de los tres períodos en que decíamos estaba dividida su vida. En efecto, desde el 3 de setiembre de 1539, cuando Paulo III encomiaba la sumaria idea del nuevo instituto, hasta el 31 de julio de 1556 dia de su nacimiento para el cielo, la figura del convertido de Pamplona, del peregrino de tierra santa, del estudiante de Alcalá y de París, del infatigable e intrépido buscador de almas, empieza a agrandarse en la historia de la Iglesia católica con aspecto majestuosamente suave de padre y fundador de una familia religiosa concebida por él y por él constituída depositaria y heredera de aquel su espíritu tan magníficamente expresado en la exhortación con que saludará a los hijos que parten a misiones de lejanas tierras: « Ite, incendite, inflammate omnia ».

Justamente en esta última etapa de sus dias, más que en las dos

---

[1] *Spiritus Dei est hic*, o bien *Digitus Dei est hic:* así, según testimonio de los cronistas jesuitas del siglo XVI, dicen que exclamó Paulo III, cuando el célebre Cardenal Contarini el 3 de setiembre de 1539 le leyó en Tívoli los cinco capítulos. Cf. TACCHI-VENTURI, *Storia della Compagnia di Gesù*, II, 203-301.

precedentes, centellean los celestiales resplandores de la luz de que está sobrenaturalmente lleno.

Y a la verdad, ¿qué luz tan admirable de extremada prudencia no vemos brillar en el modo por él seguido para proveer de leyes a la naciente Compañía? Sus hijos que cada dia le cercan más numerosos ya empiezan a salir de Roma centro y corazón del cristianismo, y se esparcen por Europa y emprenden el camino a través de los mares, portadores de la buena nueva hasta los confines de ambas Indias; ya el heróico Javier está a punto de zarpar a la conquista de las Islas del sol naciente, e Ignacio con todo dilata el dar a su Compañía una regla estable y acabada. Convencido de que la experiencia es maestra infalible de los hombres a quienes alecciona para los triunfos venideros con los felices resultados presentes, no se da prisa por legislar. Bástale por entonces que los discípulos formados por él en Santa María de la Estrada, tengan por guía la regla viva de los ejemplos allí propuestos y la sabia dirección contenida en pocos y probados dictámenes que encierran en germen, como la semilla a la planta, toda la sustancia del nuevo instituto, cuya regla, gracias al estudio de las antiguas leyes de las venerandas Ordenes que le precedieron, al fruto de la experiencia cotidiana y al continuo recurso al Padre de las luces, va sin cesar elaborando y perfeccionando en su grande alma. Así no comienza a cumplir el importante oficio de legislador de la naciente Compañía de Jesús antes de 1547, *y persevera en él sin descanso hasta* 1550, *componiendo, corrigiendo, rehaciendo las diez partes de las Constituciones con aquella esmerada y minuciosa diligencia que ponen los grandes entendimientos en el estudio y prosecución de las empresas por largo tiempo soñadas y queridas con todo el ardor de su alma. Pues bien, si del libro de los Ejercicios suele decirse y con razón que enseña el arte sobrehumano de guiar con seguridad los pasos del hombre hacia su último fin, impeliéndole al mismo tiempo a tender a la cumbre sublime de la san-*

tidad, deberá afirmarse de las Constitucions ignacianas que trazan claramente un camino derecho capaz de conducir a la perfección a aquellos espíritus generosos que, fieles al divino llamamiento, eligen militar con Cristo bajo la bandera de su santo Nombre.

Y en tanto logran las Constituciones tan saludable efecto en cuanto que su autor, deducido de la contemplación de la vida de Cristo el doble fin de su Compañía [1], *supo acertar maravillosamente en la elección de los medios, sólo admitiendo aquellos que más proporción tuvieran con el fin pretendido, y rechazando todos los otros por más que fueran en sí laudables, conformes con su santa inclinación y plenamente recomendados por la larga experiencia de los siglos. Ahora bien, tan feliz adaptación de los medios al fin en la que tanto resplandece la prudencia y sagacidad de la mente de Ignacio legislador, fué magnífico efecto de aquella luz sobrenatural que al Cardenal Ginnasi le parecía razón más que suficiente para declarar al siervo de Dios merecedor de los supremos honores de los Santos.*

Tan nueva manera de considerar las causas de la santidad de Ignacio indicadas más arriba (plácenos hacerlo notar en este sitio) fue también propia de un hijo suyo piísimo y célebre artista. Andrés Pozzo, de Trento, en la luminosa epopeya representada por él en magníficos frescos en la inmensa bóveda del templo de S. Ignacio en Roma, parece haber querido dar forma de imagen sensible al pensamiento sublime del ilustre Purpurado.

En el centro de aquel vasto campo, como en un mar centelleante de vivos fulgores, el Hermano Pozzo trazó la figura de Cristo con la cruz

---

[1] « El fin de esta Compañía es, no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos ». Así el Santo en el *Examen General*, cap. I, n. 2.

por cetro, y debajo al Padre Ignacio, quien mientras entre legiones angélicas se abisma en un mar dulcísimo de luz, la recibe tan abundantemente que llega a hacerla reverberar en las figuras alegóricas de las cuatro partes del mundo representadas en otras tantas secciones de la magnífica bóveda. Al poderoso resplandor de aquellos fúlgidos rayos se disipan las tinieblas de la idolatría y del error, se purifican las viciadas costumbres, y entre tanta profundidad de brillantes alegorías y variedad de personas parecen oirse las notas jubilosas de un canto del paraíso que glorifica al divino Artista de los Santos que dijo de sí mismo: « Yo soy la lux del mundo ».

I.

Alonso Sánchez Coello (1515-1590).

Retrato de S. Ignacio de Loyola.

Madrid, Casa Profesa de los Padres Jesuitas.

Muy estimado entre los mejores pintores de España del siglo XVI y favorito de Felipe II, Alonso Sánchez Coello, en 1585, pintó en tela a S. Ignacio de Loyola para condescender con las vivas instancias de los PP. Pedro de Ribadeneira y Francisco de Porres.

Llevó a cabo su trabajo valiéndose, en cuanto al dibujo, de la mascarilla del cadáver del Padre Ignacio, y ateniéndose para el colorido a la descripción que, mientras pintaba, le iba haciendo Ribadeneira, quien llevaba esculpida en su mente desde la adolescencia la dulce imagen de su santo Padre y Maestro.

Que el retrato, notable por la expresión penetrante y amablemente austera, resultase fiel a la verdad, lo atestiguaron unánimes aquellos que habiendo conocido a S. Ignacio, lo juzgaron digno de preferirse a todos los otros divulgados desde 1556 hasta fines del siglo XVI [1].

(1) Cf. *Relación de la forma que se tuvo en hazer el retrato de N. S. P. Ignacio, &*, en *Mon. Ignat.*, ser. IV, I, 758-767.

II.

Jacopino del Conte (1510-1598).

Retrato de S. Ignacio de Loyola.

Roma, Curia Generalicia de la Compañía de Jesús.

Florentino de nacimiento y discípulo de Andrés del Sarto, Jacopino fue muy joven a establecerse en Roma, donde adquirió gran fama de notable retratista como lo atestiguan Vasari y Baglione. Habiendo tenido familiaridad con S. Ignacio, de quien fue también penitente, el mismo dia de su muerte, 31 de julio de 1556, lo pintó en una pequeña tela de 46 centímetros de alto y 35 de ancho. De esta imagen del Santo, conservada aun hoy dia en la Curia Generalicia de la Compañía de Jesús, no dudó afirmar Daniel Bartoli que era tenida comunmente por la mejor [1].

(1) Cf. Tacchi Venturi, *Il ritratto di S. Ignazio di Loiola dipinto da Jacopino del Conte*, en *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*, II, 387-392.

III.

Desconocido (Segunda mitad del siglo xvii).

Retrato de S. Ignacio.

Roma, en la cámara del Santo en el Gesú.

La tela pintada por muy buena mano del siglo xvii es de las que representan con más fidelidad al Fundador de la Compañía de Jesús, con un aire de grave pero amable recogimiento. La hace digna de veneración desde hace mucho tiempo el encontrarse expuesta en

el altar del segundo aposento de la casa erigida por el Santo en Roma en 1543-44, convertida despues en Capilla en 1605. Es fama que S. Ignacio compuso en ella las Constituciones de la Orden.

IV.

Luis y Aníbal Carracci (?) (1555-1619; 1560-1609)
S. Ignacio con ornamentos sacerdotales.
Roma, Sacristia del Gesù.

Los que ilustraron la historia del arte sagrado en Roma desde el siglo XVII al XIX no están de acuerdo en señalar el autor de esta pintura, hermosa por la expresión de profundo y místico recogimiento que se trasluce en el semblante del Santo. Algunos, como Titi, la juzgaron obra de Carracci, sin determinar empero si de Aníbal o de Luis, habiéndose de excluir a Agustín, por haber muerto en 1602, cuando aun no estaba terminada la Sacristía del Gesú, ni S. Ignacio beatificado. Otros en cambio, como Vasi, la atribuyeron también a Carracci pero solamente por via de conjetura. Melchiorri la juzga obra de buena mano, educada en la escuela de los célebres hermanos boloñeses: tan a las claras manifiesta esta pintura el estilo carraccista.

V.

Pedro le Gros (1656-1719).
S. Ignacio en oración.
Roma, altar del Santo en el Gesú.

Es uno de los más estimados trabajos de le Gros, parisiense de nacimiento, romano por su larga permanencia en Roma y por las insignes obras con que enriqueció las Iglesias.

La estatua colocada según los diseños del Hermano Pozzo en un artístico nicho todo incrustado de lapislázuli y alabastro antiguo con franjas de bronce dorado, representa al Santo con ornamentos sacerdotales en actitud de suplicar a Dios y de invitar a los fieles a subir al cielo. Es el *Sursum corda*. Diríase que el artista al figurar a Ignacio en esta forma hubiera querido hacer sensible su mística exclamación: « Oh, cómo me parece vil la tierra cuando contemplo el cielo ». *Heu quam sordet tellus, dum caelum aspicio!*

Sin embargo la estatua que hoye xiste no es la modelada por el Gros, toda de plata en parte dorada, sino otra que, después de los despojos sobrevenidos en la revolución de 1798, fue fundida unos seis años más tarde en simple metal, sobre el mismo diseño del escultor francés, y con el modelo, según se dice, de Antonio Canova. El plateado actual data del 1831 [1].

(1) Cf. Moroni, *Dizionario*, XXX, 175; Galletti, *Brevi Memorie intorno la Compagnia di Gesù in Italia dal 1779 al 1814*, Roma, 1920, p. 53 sg.

VI.

José Rusconi (1687-1758).

S. Ignacio Fundador de la Compañía de Jesús.

Roma, S. Pedro, en la nave central.

Es la colosal estatua de mármol erigida por la Compañía de Jesús a su Fundador en la Basílica Vaticana el 31 de julio de 1731. Los críticos del arte la dan por una de las mejores obras del barroco perfecto cuando ya tocaba a su ocaso. Su inventor y artista fué José Rusconi que llegó a transfundir en el semblante del Santo un aire indescriptible de suave dulzura; dulzura que resalta mayormente

por el contraste del digno e inflexible vigor de toda la persona en actitud de hollar con el pie derecho el genio maléfico de la infidelidad, de la herejía y del libertinaje: los tres mortales enemigos del Padre Ignacio.

VII.

Teodoro Galle (1570-1633).

Escena de la conversión de Ignacio en el Castillo de Loyola. *Vida del Santo del P. Ribadeneira, edic. de Amberes,* 1610.

Es este el primero de los grabados que sobre los esbozos del renombrado español Mesa, grabó en Flandes Teodoro Galle, de Amberes, hijo de Felipe y hermano de Cornelio el viejo. Estos grabados junto con los de otros flamencos insignes en el arte del buril se hallan reunidos en la obra, hoy bastante rara: VITA – BEATI PATRIS – IGNATII LOYOLAE – RELIGIONIS – SOCIETATIS JESU – FUNDATORIS – AD VIVUM EXPRESSA – EX EA QUAM – P. PETRUS RIBADENEYRA – EIUSDEM SOCIETATIS – THEOLOGUS – AD DEI GLORIAM – ET – PIORUM HOMINUM USUM – AC UTILITATEM – OLIM SCRIPSIT; – DEINDE MADRITI PINGI; – POSTEA IN AES INCIDI – ET NUNC DEMUM – TYPIS EXCUDI CURAVIT – ANTUERPIAE – ANNO SALUTIS – MDCX.

En este primer cuadro el artista se propuso ilustrar la Vida del P. Ribadeneira concretando tres de los grandes hechos narrados en los capítulos I y II, esto es, la favorable crisis que decidió la curación de Ignacio acaecida entre el 28 y 29 de junio de 1521, y atribuida por el enfermo a una especial gracia de S. Pedro de quien era devotísimo; el propósito de cambiar de milicia para militar bajo la bandera de Cristo; la visión de la Virgen María de quien obtuvo el don eximio de perfecta castidad.

VIII.

Cornelio Galle (1576-1650).

S. Ignacio penitente en Montserrat.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

Cornelio, hijo de Felipe y hermano de Teodoro Galle, formado en Italia y a juicio de Teodoro el más inspirado de toda la familia, reunió en un solo cuadro los principales hechos ignacianos como se hallan en el capítulo IV de la *Vida* del P. Ribadeneira, donde se narra la visita del penitente al Santuario de Montserrat (marzo de 1522). Casi en el centro, abajo en el fondo, se recuerda la humilde confesión de Ignacio al monje benedictino dom Juan Chacones; en primer término está representado el desprecio del mundo y la caridad del novel peregrino que por amor de Cristo da a un pobre mendigo las ricas vestiduras de noble caballero; a uno y otro lado y como encuadrando las dos escenas centrales, esta figurada la vela de las armas al pie de la imagen de María en la noche del 24 al 25 de marzo y la conversación del peregrino con un caballero que uniéndosele en el camino de Montserrat a Manresa, le pregunta si realmente había él dado las ricas vestiduras a un mendigo de quien se sospechaba las hubiera hurtado.

IX.

Adrián Collaert (1560-1618).

Vida ascética en Manresa.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

A Collaert célebre por la delicada finura de buril debemos cuatro grabados de la Biografía ignaciana del P. Ribadeneira. El primero de ellos, en una simétrica repartición del espacio representa cuatro

de los más memorables acontecimientos de la vida del penitente manresano. En el lugar principal se pinta al Santo en aquel estado en que, como narra el biógrafo, permaneció ocho dias como muerto enajenado de los sentidos. La escena está encuadrada entre otras tres menores, ejecutadas también con particular esmero, y son: la convivencia del pobre voluntario de Cristo con los mendigos en el Hospital de Santa Lucía; el arrobamiento sobre las plácidas riberas del Cardoner; las ilustraciones sobrenaturales que, mientras ora ante una cruz, le revelan las arteras fraudes de los espíritus malignos.

X.

Carlos van Mallery (1576-1631).

S. Ignacio en Manresa favorecido con ilustraciones celestiales. Ribadeneira, *Vida*, ct.

El tema que tanta parte ocupa en la historia de los once meses transcurridos por S. Ignacio en la retirada ciudad de Cataluña, está tratado por von Mallery, famoso grabador de Amberes, en tres de las soberanas ilustraciones recordadas por el P. Ribadeneira en el capítulo VII de la *Vida*. Representa en el centro al Santo a quien, asistiendo de rodillas a la Santa Misa, fue dado contemplar a Jesús presente bajo las especies eucarísticas. En el extremo izquierdo lo figura también de rodillas, mientras un rayo de luz procedente del divino Espíritu le esclarece la mente para penetrar el misterio inaccesible de la Unidad y Trinidad de Dios. En lo alto, al borde extremo a izquierda, una pequeña figura recuerda la composición del libro de los Ejercicios Espirituales y las sublimes elevaciones del penitente sobre la Augustísima Trinidad.

XI.

Cornelio Galle (1576-1650).

Episodios del viaje a Tierra Santa.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

Dos episodios ocurridos a S. Ignacio mientras peregrinaba a Tierra Santa (1523) se reproducen en este grabado, el más célebre de Galle ya antes mencionado (cf. fig. VI). Uno es la aparición de Jesús que en el camino entre Chioggia y Padua consuela a Ignacio rendido y abandonado de los compañeros de viaje; el otro nos traslada a Venecia, donde el Senador Marco Antonio Trevisani, movido de misteriosa voz interior, se levanta en lo más avanzado de la noche para buscar al peregrino, al que encuentra durmiendo bajo el pórtico de las Procuradurías. En el paisaje del fondo de la primera escena el panorama de las dos principales ciudades de la Serenísima recuerda la breve permanencia del peregrino en Padua y su partida de Venecia (14 de julio de 1523) a la vuelta de Jaffa.

XII.

Teodoro Galle (1570-1633).

El Santo en Jerusalén y su vuelta a Venecia.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

Teodoro, hermano de Cornelio Galle de quien es el grabado precedente, se propuso historiar el capítulo XI de la *Vida* del P. Ribadeneira donde se cuenta cómo santificó S. Ignacio los veinte días de su permanencia en Palestina. Entre los diversos hechos represen-

tados, como la llegada a Jerusalén, la partida y la tempestad en el viaje de vuelta, el artista quiso que campease la aparición del Salvador al peregrino, quien mientras bajaba del monte de las Olivas (a donde había ido para observar la posición de las plantas de Cristo cuando se levantó de la tierra al cielo), fue detenido por un robusto armenio, siervo de los Frailes Menores, el cual tomándole por los vestidos y amenazándole con un nudoso bastón lo vuelve a conducir al Convento para hacerle emprender luego el viaje de vuelta.

XIII.

Adrián Collaert (1560-1618).

EPISODIOS DE LA PERMANENCIA EN BARCELONA.

RIBADENEIRA, *Vida*, ct.

En dos compartimentos de dimensiones casi iguales representó Collaert algunos hechos de la vida ignaciana en Barcelona, cual se hallan en las últimas ediciones del P. Ribadeneira. Así a la izquierda, en una escena de mucho movimiento, que tiene algo de terrible y de trágico, vese al Santo acometido por dos emisarios sarracenos, fieros ejecutores de la venganza de deshonestos caballeros enfurecidos por el obstáculo que S. Ignacio ponía al desahogo de sus impúdicos deseos. Después, a la derecha, lo contemplamos escuchar atento la palabra de Dios circundado el semblante de una aureola de radiante luz. Tres cuadros pequeñitos dispuestos en lo alto, dos en el primer compartimento y uno en el segundo, recuerdan otros tantos hechos prodigiosos de su permanencia en Barcelona, cuales fueron la resurrección de un suicida, el éxtasis en la oración, la aparición a Juan Pascual, hijito de Inés, la tan amable bienhechora del hidalgo de Loyola, hecho pobre por amor de Cristo.

XIV.

Carlos van Mallery (1576-1631).

El voto de Montmartre y el apostolado en París.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

Tres relevantes hechos pertenecientes a la permanencia de Ignacio en París (1529-1535) fueron historiados por van Mallery en el presente grabado: el voto en Montmartre, en el que el artista representó al Santo en el acto en que, ofrecida a Dios la solemne oblación el primero de todos los compañeros, está recibiendo de manos del Beato Fabro la Sagrada Eucaristía; la tierna escena del Rector Diego de Govea, que postrado pide perdón a S. Ignacio de la sala de azotes poco antes decretada contra él con ocasión del celo con que atendía a cultivar el espíritu de los estudiantes; en fin el espectáculo conmovedor del mismo Santo que estuvo sumergido hasta la garganta en el agua helada del Sena para apagar el impuro ardor de un caballero que atraviesa por encima el puente para ir a satisfacer sus pasiones.

XV.

Adrián Collaert (1560-1618).

S. Ignacio en Azpeitia.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

El peculiar estilo de Adrián Collaert, del que se ha visto suficiente prueba en la representación de la vida penitente de Ignacio en Manresa (cf. fig. IX), resaltó mayormente cuando el artista quiso ilustrar la permanencia de aquél en Guipúzcoa durante el verano

de 1535. Las tres escenas representan: la limosna que el humilde peregrino, dejado ya el señorío de Loyola, está recibiendo por amor de Cristo; la predicación que hace en campo abierto; la salud vuelta al brazo lisiado de una mujer del vulgo ocupada en lavar ropa, y son escenas llenas de vida. Las dos últimas, además, fueron tan artísticamente dispuestas en un solo sector del cuadro que apenas permiten advertir la diversidad del tema.

XVI.

Cornelio Galle (1576-1650).

La visión en la Storta.

Ribadeneira, *Vida*, &c.

Del buril de Cornelio el más renombrado de los Galle, salió el grabado que ilustra la así llamada « Visión en la Storta », acaecida cuando Ignacio, en traje de clérigo parisiense, juntamente con dos de sus primeros compañeros, estaba para pasar los umbrales de la ciudad.

Con libertad permitida a los artistas, la aparición en vez de ser representada dentro de los muros de la solitaria capillita, figurada en el borde extremo del cuadro hacia la izquierda, se supone acaecida en campo abierto. En el fondo a la derecha, el Peregrino habla con sus compañeros, Fabro y Lainez, como participándoles el favor especial poco ha recibido en la oración: un poco más arriba la vista de Roma con la puerta Flaminia, flanqueada de macizos torreones, y coronada con la inscripción S. P. Q. R. recuerda el campo desde donde el futuro Fundador de la Compañía de Jesús comenzará enseguida a propagar y dirigir por el mundo su obra.

XVII.

Carlos van Mallery (1576-1631).

Fundación y propagación de la Compañía de Jesús.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

La aprobación de la Compañía de Jesús por Paulo III que sentado en el trono entrega a S. Ignacio y a sus nueve compañeros postrados a sus pies la bula « Regimini militantis » (27 setiembre 1540); la composición de las Constituciones indicada en la imagencita del Santo todo ocupado en dictarlas al influjo de la luz celestial que ilumina su inteligencia; la despedida que el Padre Ignacio en los umbrales de Santa María de la Estrada da a los hijos por él formados para el apostolado cuando los mandaba por el mundo a defender y propagar la fe de Cristo, son los hechos históricos reunidos por van Mallery en un solo cuadro, donde hermosamente se ilustra la historia de los primeros orígenes de la Orden en Roma.

XVIII.

Carlos van Mallery (1576-1631).

Muerte de S. Ignacio.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

Semejante al precedente por el número y distribución de los asuntos historiados es el cuadro XVIII, el cual, aunque no llevase impreso el nombre del autor, lo dejaría adivinar por el solo cotejo con el descrito anteriormente.

Ofrece también este el mismo número de hechos, pero el que entre todos tiene la primacía es la escena de la apacible agonía del Santo que exhala su alma bendita mientras entre las piadosas preces de sus hijos invoca el nombre de Jesús. Los dos cuadritos que llenan el espacio dejado libre en la composición del asunto principal, recuerdan la bendición enviada por Paulo IV al moribundo por medio del P. Polanco y la aparición en que el Santo, apenas expirado, hizo se dejó ver en Bolonia a la noble matrona Margarita Gigli.

XIX.

Adrián Collaert (1560-1618).

Funerales de S. Ignacio en Santa María de la Estrada.

Ribadeneira, *Vida*, ct.

El cuadro podría intitularse con más propiedad: « Primera glorificación del Fundador de la Compañía de Jesús », como tuvo lugar el 1º de agosto de 1556 en la Iglesita da Santa María de la Estrada. Collaert quiso representar al pueblo que concurrió a venerar los sagrados despojos de Ignacio, al que pinta con delicada ejecución como si reposara en suavísimo sueño. Añade también el recuerdo de la gracia milagrosa impetrada aquel dia por una señora, la cual acercándose, puso sobre el bendito cadáver un pañito, que aplicado después por ella con viva fe a una hijita suya enferma de un tumor, le proporcionó la alegría de verla instantaneamente curada. La legión de ágiles angelitos, dispuestos en alto a la derecha del espectador, evoca el recuerdo de los músicos conciertos que, muerto el Santo, fue fama haberse oido en su sepulcro.

XX.

Juan Bautista Gaulli (1639-1709).

S. Ignacio arrebatado en éxtasis mientras está celebrando.

Roma, Iglesia del Gesú.

Gaulli o Baciccia que gracias al mecenantismo del XI General de la Compañía de Jesús el P. Juan Pablo Oliva (1661-1681) dejó huella profunda de su osadía en el dibujo y en el colorido, en las pinturas de la bóveda y del ábside del Templo Farnesiano ejecutadas entre el 1676-1689, volvió aun más espléndida con sus esbozos la suntuosa Capilla allí erigida por el Hermano Pozzo en honor de S. Ignacio. El bajorrelieve (no se sabe si es debido al cincel de Antonio Raggi o de Leonardo Reti) muestra al siervo de Dios en el altar, e inspira sentimiento de grande piedad y fervor; diríase que el artista al excogitar la persona y el rostro se inspiró en la descripción del biógrafo su contemporáneo, Daniel Bartoli, cuando dice que S. Ignacio en el altar « era a la manera de esas nubes que vemos a veces a un mismo tiempo deshacerse en agua y relampaguear como si fueran de fuego ». (Bartoli, *Vita di S. Ignazio*, lib. IV, cap. XXVII).

XXI.

Juan Bautista Gaulli (1639-1709).

S. Ignacio en la gloria del Paraíso.

Roma, en la bóveda de la Capilla de S. Ignacio en el Gesú.

Para coronar la santidad de Ignacio de tan preclaros modos celebrada en los mármoles y bronces de su altar en el Gesú, la bóveda de la Capilla nos hace contemplar al Santo, que, extasiado en

un mar de luz resplandeciente, goza del fruto de su heroica vida. El fresco es obra de Gaulli el cual, como lo atestiguan los tres diferentes bocetos que aun quedan, hizo allí gala de su ingenio desplegando minucioso y diligente cuidado. Ni el pincel anduvo remiso en la ejecución de la idea: la expresión del rostro de Ignacio todo abismado en la visión beatífica, y los grupos de suavísimos ángeles en los más atrevidos y graciosos movimientos hacen de esta pintura por la perfección del diseño y la entonación del colorido un émulo de los otros frescos que adornan la bóveda de la nave central, la cúpula y el ábside, en los cuales el insigne pintor genovés inmortalizó la memoria de su vigoroso ingenio.

XXII.

Alejandro Algardi (1602-1654).

S. Ignacio entre los Santos y Beatos de su Orden.

Roma, Iglesia del Gesú: altar del Santo.

Bella composición histórica y alegórica es el bajorelieve en bronce dorado que ocupa la parte anterior de la urna donde se guardan las sagradas reliquias del Santo. A sus excelentes cualidades de concepción y de ejecución añade aún el ser un resto exquisito del primer altar erigido a Loyola poco después de la canonización (12 de marzó de 1622) en el Gesú de Roma con los diseños de Pedro de Cortona, y sustituído después, al expirar el siglo XVII, con el que todavía hoy admiramos del Hermano Pozzo [1].

[1] Cf. la minuciosa descripción que hizo Bricarelli, *L'altare di S. Ignazio nella chiesa del Gesù in Roma*, en *Civil. Catt.*, 1922, vol. IV, pp. 410-414.

XXIII.

Renato Frémin (1672-1744).

S. Ignacio extingue milagrosamente un incendio.

Roma, Iglesia del Gesú: altar del Santo.

Es el primero de los seis bajorelieves colocados en las placas de los pedestales de las cuatro columnas que encornisan el nicho donde está la estatua del Santo. (Cf. fig. V). Como es sabido, los dibujos de estos bajorelieves pertenecen todos a una sola mano, la del Hermano Pozzo, de donde precisamente su unidad de estilo; no así, sin embargo los modelos ejecutados en gran parte por jóvenes artistas franceses que vivían en Roma. El primero entre estos fue Frémin, alumno en 1695 de la Academia de Francia, que supo no menos que sus colegas y connacionales, expresar gráficamente el gallardo y grandioso estilo del Hermano Pozzo [1].

(1) Acerca de este y de los otros cinco bajorelieves véase Galassi-Paluzzi, *Architetti e Decoratori nella Chiesa del Gesù*, en *Architettura e arti decorative*, III (1924).

XXIV.

Angel Rossi (1671-1715).

S. Ignacio libra un energúmeno.

Roma, Iglesia del Gesú: altar del Santo.

El imperio ejercido por S. Ignacio por virtud divina sobre los espíritus de las tinieblas que tuvieron que reconocerlo como a su mayor enemigo, está representado admirablemente en este bajorelieve en la actitud llena de solemne auctoridad de Ignacio, y en las espasmódicas contorsiónes en que se revuelve el poseso antes de ceder al imperio del irresistible exorcista.

XXV.

Pedro Reiff (Segunda mitad del siglo XVII).

S. IGNACIO SANA MILAGROSAMENTE A UNA RELIGIOSA.

Roma, Iglesia del Gesú: altar del Santo.

« EL Santo que cura a una monja de un mal incurable es obra exclusiva de Pedro Reiff ». Así describió este bajorelieve la *Roma Antica e Moderna* [1]; la afirmación con todo no se ha de hacer extensiva al dibujo, el cual según se dice, débese atribuir como todos los otros a Pozzo, sino al modelo y a la ejecución del bajorelieve; el cual por la simétrica agrupación de las figuras en torno del objeto principal, y por el sentimiento de la expresión dolorida y resignada en la enferma, gozosa y alentadora en el Santo que se le aparece en lo alto, no cede a ninguna de las otras obras maestra decorativas del célebre monumento ignaciano.

[1] *Roma Antica e Moderna, o sia nuova descrizione di tutti gli edifizj antichi e moderni, sacri e profani della città di Roma,* etc., Roma, MDCCLXV, vol. I, 557.

XXVI.

Francisco Nuvolone (Segunda mitad del siglo XVII).

AMISTAD DE S. IGNACIO Y S. FELIPE.

Roma, Iglesia del Gesú: altar del Santo.

« CUADRO de todo punto perfecto » como llamó recientemente el Padre Bricarelli [1] a este bajorelieve del plinto de la tercera columna del estupendo altar de S. Ignacio. En el encuentro de los dos

[1] BRICARELLI, *Alcune scolture all'altare di Sant'Ignazio nel Gesù di Roma,* en *La Canonizzazione dei SS. Ignazio di Loiola e Francesco Saverio,* Roma, 1922, p. 115.

siervos de Dios del siglo XVI, tan populares en su tiempo en Roma, es de admirar la verdad con la que el suizo Nuvolone (no se confunda con los hermanos José y Carlos Francisco, milaneses, 1619-1703; 1608-1665) logró expresar en el bronce aquella íntima reverencia y cordial amistad que unía estrechamente las grandes almas de los dos Santos netamente romanos por espíritu y por su larga permanencia en Roma.

XXVII.

Renato Frémin (1672-1744).

ENFERMOS CURADOS CON EL ACEITE DE LA LÁMPARA DE S. IGNACIO.

Roma, Iglesia del Gesú: altar del Santo.

AL ya mencionado Frémin debemos este bajorelieve al que dió materia la admirable eficacia que después del 2 de marzo de 1622 comenzó a tener la invocación de S. Ignacio ya sola, ya acompañada con el contacto de alguna carta suya o de otra reliquia, o aun con la simple unción de la parte enferma con aceite de la lámpara suspendida delante de su imagen. Este último género de curación, más a propósito para ser representado por el arte, fue excogido por Pozzo y egregiamente modelado por Frémin. El anciano a quien el sacerdote unge las apagadas pupilas no podría expresar con más conmovedora verdad el ansia inquieta de volver a ver la luz y de fijar reconocido la mirada en la imagen del Santo siempre benigno y pronto a escuchar las preces de sus devotos.

XXVIII.

Pedro Esteban Monnot (1657-1733).

S. Ignacio libra algunos prisioneros.

Roma, Iglesia del Gesú: altar del Santo.

Perpetuar en el bronce la eficacia de la intercesión de S. Ignacio en pro de los pobres prisioneros fué la idea expresada por Monnot en el último de los seis bajorelieves puestos en los plintos de las cuatro columnas del magnífico altar de S. Ignacio. A la violencia que campea en las dolientes figuras de los desgraciados prisioneros hace hermoso contraste el sereno aspecto de Ignacio que no desdeñando la lobreguez de un calabozo, aparece en lo alto y con un aire de dulce imperio va dirigiendo la obra de misericordia del Angel del Señor, ministro de su bondad para con los cautivos.

XXIX.

Pedro Pablo Rubens (1577-1640).

S. Ignacio implorando la salud para los enfermos.

Génova, Iglesia de S. Ambrosio: altar del Santo.

Entre los cuadros más apreciados con los que el fecundo y poderoso pincel de Rubens embelleció en Flandes, en Alemania y en Italia las Iglesias de los Jesuitas, tiene la primacía este de S. Ignacio en su altar de la Iglesia de S. Ambrosio en Génova.

La idea del artista fué evidentemente la de difundir profunda confianza en la intercesión del siervo de Dios a quien fue concedido sin-

gular poder sobre todo género de enfermedades así de espíritu como de cuerpo. El aire de dulce e íntima unión con Dios que se refleja en el rostro de S. Ignacio, revestido con ornamentos sacerdotales y en actitud de súplica, hacen de esta su imagen una insigne obra maestra que rebosa profundo sentimiento cristiano, siendo al mismo tiempo una de las más bellas imágenes que la iconografía ignaciana pueda enseñar a los devotos del Santo.

XXX.

Andrés Pozzo S. J. (1642-1709).

S. Ignacio bendiciendo a Javier que parte para las Indias.

Roma, Iglesia de S. Ignacio, en el ábside.

Es uno de los grandes frescos que están en la tribuna del ábside del majestuoso templo Ludovisiano de Roma. Pozzo quiso glorificar allí aquel gran acto de la partida de Francisco Javier para las Indias Orientales (16 de marzo de 1540). Sentado con mucha dignidad, el Padre Ignacio con la diestra levantada bendice a Javier postrado a sus pies, mientras con la izquierda le da a besar el crucifijo. En pie a su lado está don Pedro de Mascareñas, embajador lusitano, que mira atento el edificante espectáculo; abajo, a la izquierda, feroces figuras aterradas, como en el célebre grupo de Theudon, simbolizan las derrotas infligidas a la idolatría por obra del heroico discípulo de S. Ignacio; a la derecha un grupo de espectadores; en lo alto, en fin, hay un ángel suspendido de la cornisa de uno de los capitéles que coronan las pilastras del fondo, en actitud de mostrar el libro de los Evangelios, que el taumaturgo heraldo de Cristo se dispone a anunciar a los pueblos de la gentilidad.

XXXI.

Andrés Pozzo S. J. (1642-1709).

Primer recibimiento de S. Ignacio al santo Duque de Gandía.

Roma, Iglesia de S. Ignacio en el ábside.

Al mismo Hermano Pozzo se debe el fresco que está al frente del que acabamos de describir. El artista quiso retratar allí la amabilidad de S. Ignacio que con dulce y alegre rostro, en el que aparece un íntimo sentimiento de profunda confusión, el 23 de octubre de 1550, acoge al piadoso romero del Año Santo, Francisco de Borja. Al mismo tiempo se propuso también glorificar la profunda humildad de Borja que no sabe presentarse en otra forma delante de Loyola (a cuya Compañía pertenecía ya aunque ocultamente) que postrándose a sus pies con su hijo Juan que está arrodillado a su lado. Una corona de caballeros pertenecientes al séquito del embajador de España don Diego Hurtado de Mendoza y de Fabricio Colonna que habían salido a recibir al Duque fuera de la Puerta Flaminia y acompañado a la reciente casa de los Sacerdotes reformados de Santa María de la Estrada, llena con armoniosa variedad el fondo de la devota escena.

XXXII.

Andrés Pozzo S. J. (1642-1709).

Poder taumaturgo de S. Ignacio.

Roma, Iglesia de S. Ignacio: en la concha del ábside.

Una grandiosa idea de la santidad de S. Ignacio intentó expresar Pozzo en la concha del ábside del mismo templo Ludovisiano: el poder taumaturgo de que ahora goza el Santo en la visión beatífica

de Dios. A este fin, con un estilo que recuerda no poco a Baciccia en la bóveda de la Capilla ignaciana del Gesú (cf. fig. XX), figuró al Santo en medio de una gloria de ángeles en atrevidísimos escorzos, con actitud benigna de acoger las preces, con los ojos vueltos a la tierra, donde náufragos, apestados, atrofiados, enfermos y dolientes de todo género, implorada su ayuda, experimentan su benéfico patrocinio.

Una grande inscripción en el vértice superior de la concha, sostenida y mostrada por un grupo de ángeles, con las palabras: « *Mirificavit Dominus Sanctum suum* », guia al espectador para alcanzar el verdadero significado del admirable fresco, que no fue simplemente el de representar a Ignacio en la gloria, como se ha dicho frecuentemente, sino más bien la eficacia portentosa de su intercesión para con aquellos que en las miserias del destierro se vuelven con fe viva a él riente y feliz en medio de los explendores de los Santos.

XXXIII.

Andrés Pozzo S. J. (1642-1709).

Apostolado de S. Ignacio en el mundo.

Roma, Iglesia de S. Ignacio.

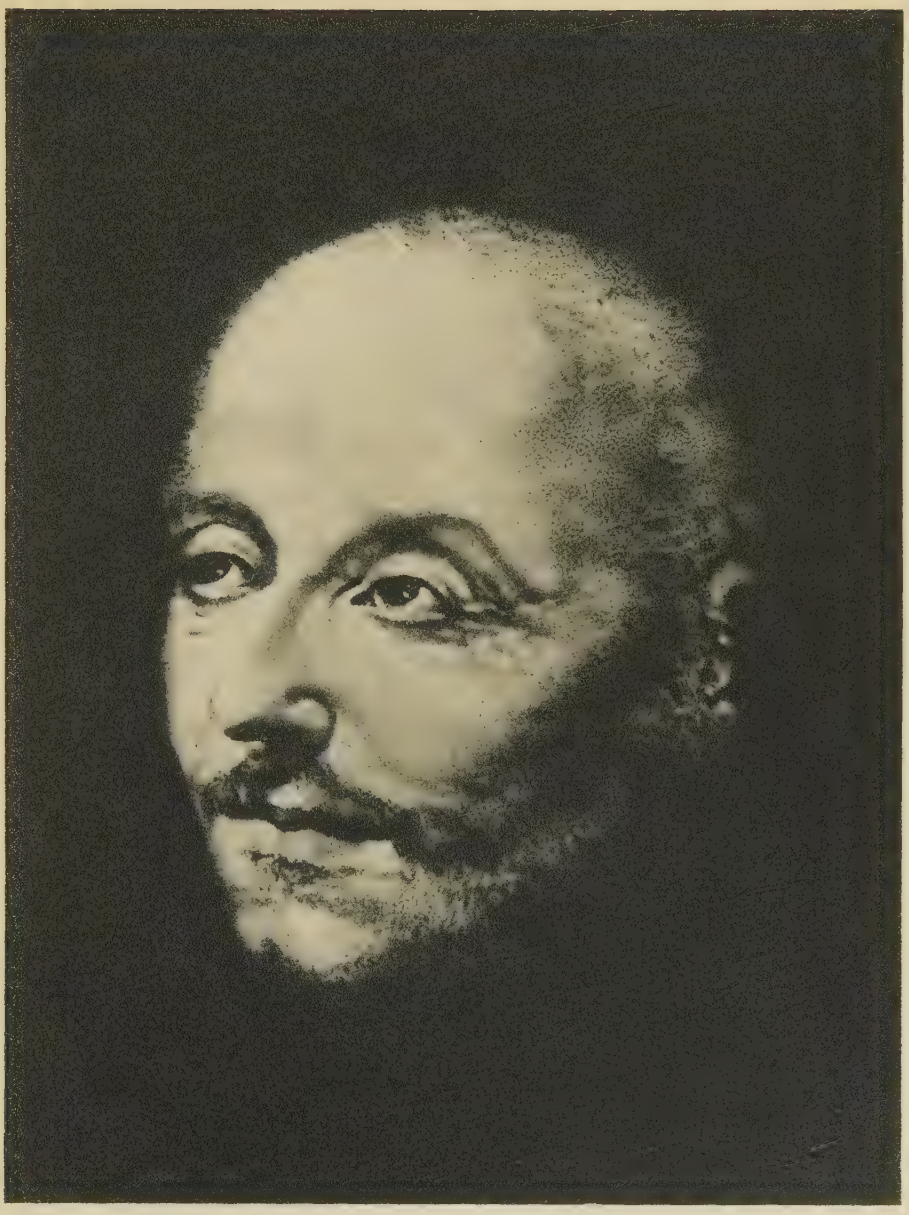
Es la obra maestra del más insigne pintor perspectivista de que puede gloriarse la historia mundial de la pintura, y que costó al artista seis años enteros de constante fatiga (1686-1692); obra maestra no menos por la concepción noble y verdadera que por la variedad, la originalidad y la osadía en expresarla con el pincel.

Pozzo no tuvo, en efecto, la intención de pintar, como lo traen las reproducciones fotográficas de nuestros dias, la entrada de S. Ignacio

en el Paraiso, sino que más bien se propuso celebrar su apostolado en el mundo, o si se prefiere, la epopeya del celo de la mayor gloria de Dios; celo que se transfunde del Padre en el Hijo, del Hijo se irradia en la mente de Ignacio, y de Ignacio por medio de los discípulos por él formados para las luchas y fatigas de las espirituales batallas, se propaga en las cuatro partes del mundo. El arte no ha concebido hasta ahora, ni podrá tal vez concebir jamás, manera más ingeniosa y verídica de comentar las palabras del Redentor: « Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? », y las de S. Ignacio: « Ite incendite et inflammate », de donde, según testimonio de Pozzo [1] se desprendió la fecunda chispa que inspiró en su mente la sublime idea encarnada en la inmensa bóveda del templo Ludovisiano de la eterna Roma [2].

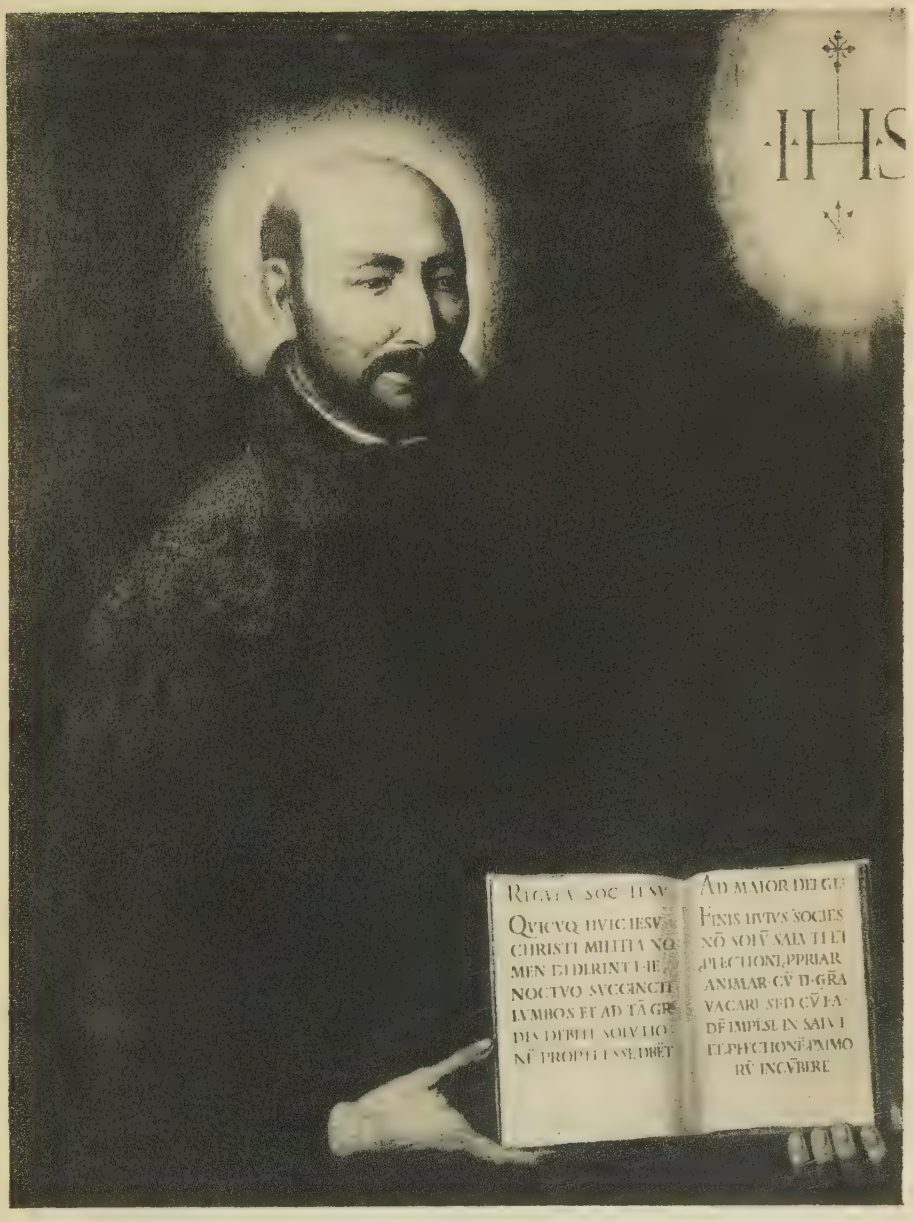
[1] En la carta al Príncipe Liechtenstein, *Sui significati delle pitture esistenti nella volta della Chiesa di S. Ignazio in Roma*, Roma, 1920.

[2] El boceto de tan grandioso fresco se halla en la Pinacoteca Corsini.



GRAB. I. — ALONSO SÁNCHEZ COELLO: *Retrato de S. Ignacio.*

GRAB. II. — JACOPINO DEL CONTE: *Retrato de S. Ignacio.*

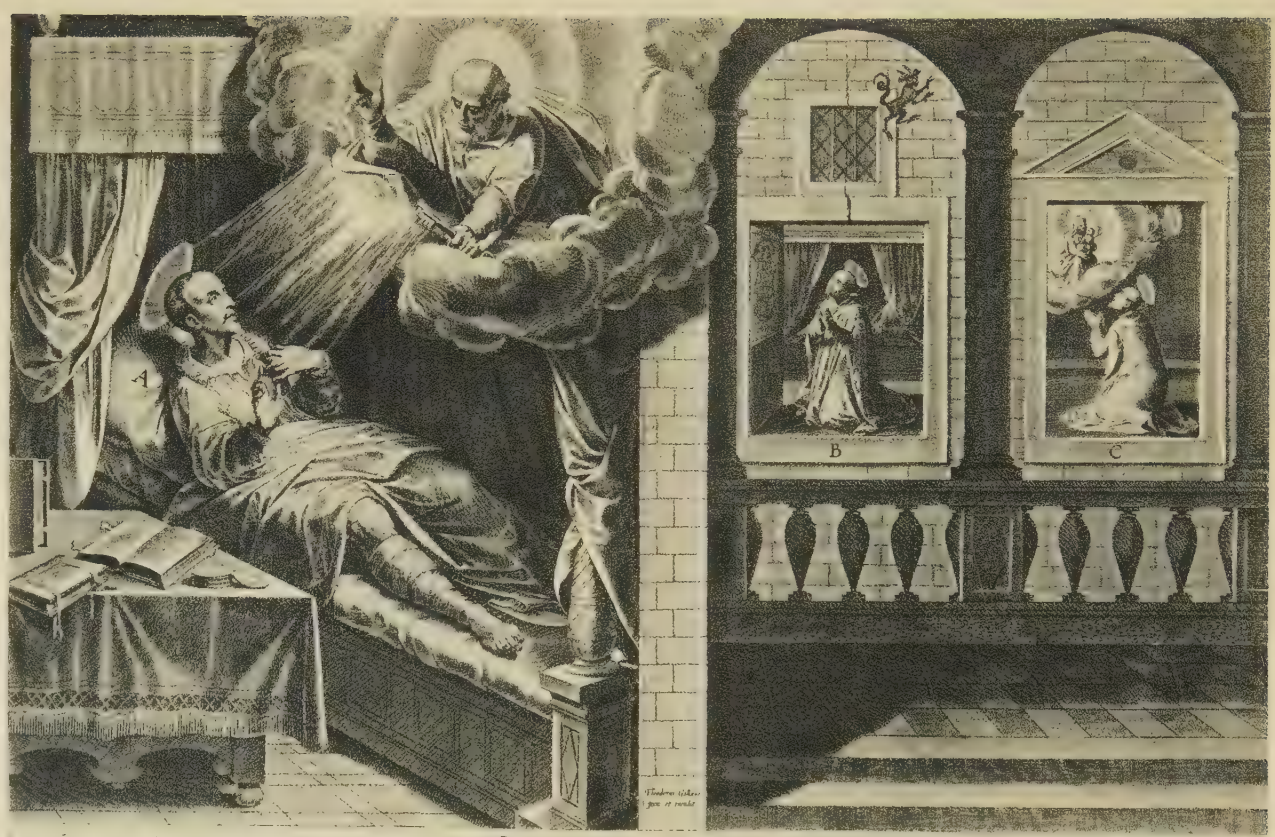


GRAB. III. – AUTOR DESCONOCIDO: *Retrato de S. Ignacio.*

GRAB. IV. — LUIS Y ANÍBAL CARRACCI (?):
S. Ignacio con ornamentos sacerdotales.

GRAB. V. — PEDRO LE GROS: *S. Ignacio en oración.*

GRAB. VI. — JOSÉ RUSCONI:
S. Ignacio, Fundador de la Compañía de Jesús.



GRAB. VII. — TEODORO GALLE: *Escenas de la conversión de Ignacio en el Castillo de Loyola.*

A. *In aede B. Virginis Montis serrati generaliter peccata sua confitetur.* Lib. p. c. 4.

B. *Vestes suas mendico donat, seque aspera tunica induit.* Lib. p. c. 4.

C. *Nouis armis atque spiritalibus accinctus, ante aram B. Mariæ totam noctem in oratione traducit.* Lib. p. c. 4.

D. *Vt mendicum a periculo liberet, illi se vestes dedisse fatetur.* Lib. p. c. 4.

2.

GRAB. VIII. — CORNELIO GALLE: *S. Ignacio penitente en Montserrat.*

A. *Minorese cum mendicis in hospitali domo habitat, et familiariter versatur.* Lib. p. c. 3.

B. *Octo ipsos dies a sensibus alienus, extra se omnino ac mortuo similis, iacet.* Lib. p. c. 7.

C. *Ad ripam fluminis diuinitus illus tratur.* Lib. p. c. 7.

D. *Ante crucem procumbens et orans, dæmonis fraudes agnoscit.* Lib. p. c. 7.

3.

GRAB. IX. — ADRIÁN COLLAERT: *Vida ascética en Manresa.*

A
B
C. de Mallery fecit et exc.
A. Mysterium Sanctissimæ Trinitatis Ignatio revelatur. B. In Missa dum hostia elevatur Christum Dominum Nostrum videt. C. De S^ma Trinitate librum scribit, librum item exercitiorum spiritualium.

GRAB. X. — CARLOS VAN MALLERY: *S. Ignacio en Manresa favorecido con ilustraciones celestiales.*

A. *Jacentem in via præ imbecillitate, socij deserunt, et Christus dominus eis apparet.* Lib. 1. c. 10.

B. *Venetijs in platea D. Marci dormientem Senator quidam Dei monitu conquirit, et domum suam ducit.* Lib. 1. c. 10.

C. *Morbo oppressus, ac pharmaco sumpto, nauem Hierosolymam nauigaturus conscendit.* Lib. 1. c. 5.

GRAB. XI. — CORNELIO GALLE: *Episodios del viaje a Tierra Santa.*

A. Hierosolymam appellit, et
B. Solus in montem Oliuetum
C. Male propter eam causam accipitur, sed
D. Paruo nauigio Venetias redit, submersis
magnis sociorum nauibus.

GRAB. XII. — TEODORO GALLE: *El Santo en Jerusalén y su vuelta a Venecia.*

A
B
C
D
E
A. Barcinone hominem ſuſpendio mortuum, in vitam reuocat. Vit. p. 100.
B. Fuſtibus grauiter ceditur a laſciuis iuuenibus in odium caſtitatis. Vit. p. 101.
C. Orans a terra eleuatus conſpicitur. Vit. p. 122.
D. In imo altari concionem inter pueros audientis caput radios emittit. Lib. 1. c. 10
E. Poſt mortem Ioanni Paſquali apparet. Vit. p. 122.
7.

GRAB. XIII. — ADRIÁN COLLAERT: *Episodios de la permanencia en Barcelona.*

A. *Parisijs in æde Virginis qui mons martyrum dicitur omnes sacro Christi corpus suscipiunt et prima vota nuncupant,* Lib. 2. c. 4.

B. *Quod adolescentes ad pietatis studium adhortetur virgis cædere parant, sed collegii Rector demum procumbens in genua veniam petit.* Lib. 2. c. 3.

C. *Ut lascivum iuvenem a turpitudine revocet in gelidam aquam universis sese macerat atque affligit.* Lib. 1

GRAB. XIV. — CARLOS VAN MALLERY: *El voto de Montmartre y el apostolado en Paris.*

A. *In patria ad hospitalem pauperum domum diuerſit, atque oſtiatim ſtipem mendicat.* Lib. 2. c. 5.

B. *Tantus ad ipsum audiendum populorum fit concurſus vt in campis concionem habere compellatur.* Lib. 2. c. 5.

C. *Mulier quædam brachium aridum habens, dum S.ᵗᵘˢ Patris pannos lauat, ſanitati reſtituitur.* 9.

GRAB. XV. — ADRIÁN COLLAERT: *S. Ignacio en Azpeitia.*

A *Romam proficiscenti ad instituendam Societatem Pater æternus apparet, eumque* [illegible] *sic commendat; Filius verò se ei propitium Romæ fore promittit.*

B. *Ex oratione surgens ad socios reuertitur, atque illis quæ à Domino acceperat, narrat* [illegible]

10

GRAB. XVI. — CORNELIO GALLE: *La visión de la Storta.*

A
B
C
C. de Mallery fecit.
A Paulus Tertius Pontifex Maximus, anno salutis 1540, Societatem Iesu confirmat. Lib. 2 c. 17.
B Constitutiones ac regulam S. Pater scribit. Lib. 4. c. 2.
C Filios suos ad prædicandum euangelium in uarias mundi plagas dimittit. Lib.

GRAB. XVII. — CARLOS VAN MALLERY: *Fundación y propagación de la Compañía de Jesús.*

IESVS
B
C. de Mallery fecit.
A. Benedictionem ac plenariam indulgentiam ante mortem a Summo Pontifice petit. Lib. 2. c. 10.
B. Invocans ac sæpe repetens sanctissimum IESV nomen emittit spiritum. Lib. 2. c. 16.
C. Ea ipsa hora qua Romæ mortuus est cuidam matronæ Bononiæ apparet. Pag. 351.
13.

GRAB. XVIII. — CARLOS VAN MALLERY: *Muerte de S. Ignacio.*

A. *Magno Totius populi Romani concursu, funus S.ti Patris effertur.* Lib. 4. c. 16.

B. *Virgo quædam strumis graviter laborans, sudariolo contactu quod eius corpus attigerat, statim sanatur.* Pag. 1131.

C. *Supra B. Patris sepulcrum Musica auditur de cœlo.* Pag. 1131.

14.

GRAB. XIX. — ADRIÁN COLLAERT: *Funerales de S. Ignacio en Santa María de la Strada.*

GRAB. XX. – JUAN BAUTISTA GAULLI: *S. Ignacio arrobado en éxtasis mientres está celebrando.*

GRAB. XXI. — JUAN BAUTISTA GAULLI: *S. Ignacio en la gloria del Paraíso.*

GRAB. XXII. — ALEJANDRO ALGARDI: *S. Ignacio entre Santos y Beatos de su Orden.*

GRAB. XXIII. – RENATO FRÉMIN: *S. Ignacio extingue milagrosamente un incendio.*

GRAB. XXIV. — ANGEL ROSSI: *S. Ignacio libra un energúmeno.*

GRAB. XXV. – PEDRO REIFF: *S. Ignacio sana milagrosamente una religiosa.*

GRAB. XXVI. — FRANCISCO NUVOLONE: *Amistad de S. Ignacio y S. Felipe.*

GRAB. XXVII. – RENATO FRÉMIN: *Enfermos curados con el aceite de la lámpara de S. Ignacio.*

GRAB. XXVIII. – PEDRO ESTEBAN MONNOT: *S. Ignacio libra algunos prisioneros.*

GRAB. XXIX. – PEDRO RUBENS: *S. Ignacio implorando la salud para los enfermos.*

GRAB. XXX. — ANDRÉS POZZO S. J.:
S. Ignacio bendiciendo a Javier que parte para los Indias.

GRAB. XXXI. — ANDRÉS POZZO S. J.:
Primer recibimiento de S. Ignacio al santo Duque de Gandia.

GRAB. XXXII. — ANDRÉS POZZO S. J.: *Poder taumaturgo de S. Ignacio.*

GRAB. XXXIII. – ANDRÉS POZZO S. J.: *El Apostolado de S. Ignacio en el mundo.*

EDICIÓN DE POCOS EJEMPLARES EN ITALIANO, FRANCÉS Y ESPAÑOL, TERMINADA DE IMPRIMIR EN ROMA EL 30 JUNIO DE 1929, EN LA TIPOGRAFIA DE LA CASA EDITORIAL ALBERTO STOCK, OFICINAS DE LA S.A.I.I.G. " GRAFIA ,,

060.~~307~~ 97
~~T117~~
I 95-9
3148
TACCHI VENTURI, P.
AUTHOR
S. Ignacio De Loyola En El Arte
TITLE
DATE LOANED | BORROWER'S NAME | ROOM NUMBER
GRADUATE THEOLOGICAL UNION LIBRARY
BERKELEY, CA 94709
3148